



# *A 50 años del Golpe civil-militar en Chile: de la estética de la resistencia a la estética del acomodo*

por Patricia Espinosa Hernández

El golpe civil-militar tuvo consecuencias catastróficas en nuestras vidas. Cuando digo nuestras, me refiero a todas/os aquello/as que vivimos la infancia, adolescencia o adultez en un contexto de violencia radical. Sobrellevar un estado de guerra donde se torturaba, asesinaba y censuraba produjo cambios rotundos en las formas de relacionarnos. Es más, la represión y el miedo condicionaron nuestros cuerpos, formas de habla, creatividad, escritura y análisis de la realidad. La dictadura implicó una masacre sociocultural de la cual el país aún no se recupera.

Han pasado 50 años y el país parece ser otro solo en apariencias. Porque la dictadura no ha quedado atrás. Surge hoy con fuerza una ultraderecha negacionista y una izquierda débil, entregada al neoliberalismo y temerosa de confrontar a la oposición. De manera desvergonzada han resurgido los nostálgicos de la dictadura. Desde el retorno a la democracia en 1990 no se había visto una defensa de la dictadura y una justificación del Golpe de Estado tan abierta y descarada como ahora. Se pretende imponer que el golpe fue no solo necesario, sino inevitable. Una verdadera avalancha de discursos provenientes de sectores de la derecha y de lo que antes era el centro político han influido fuertemente en una conmemoración que debía asegurar el pacto de no reiteración del golpe y de las violaciones a los derechos humanos, pero que ha terminado siendo la demostración de que todo podría volver a suceder. Este 11 de



septiembre de 2023 deberá ser recordado como el 11 menos esperanzador de la historia, incluido el tiempo de la dictadura.

*A principios de los setenta, padre, madre, hijos, llegaron a Ñuñoa por solidaridad de B. quien se ‘tomó’ –como muchos otros pobladores– uno de los departamentos de la Villa. Vivía solo y nos invitó a compartir su hogar. Un tiempo después del Golpe, B. se fue, nunca supimos dónde.*

Una de las imágenes que quedó grabada en la memoria colectiva nacional fue la quema de libros. La historiadora Karen Donoso así dice:

Se produjo el día 23 de septiembre en el allanamiento masivo en las torres de departamentos de la Remodelación San Borja [...] fueron incautados centenares de libros y discos que luego fueron quemados en una hoguera instalada en la vía pública. Según el periodista uruguayo Carlos Rama, se incautaron todos los libros que 'en la tapa llevaran los nombres de Marx o Lenin (aunque fuera para refutarlos), las revistas y diarios favorables al gobierno e Allende (aunque no fueran marxistas) y todo cuanto salía impreso sobre fascismo (42).

Pero no fue solo eso, también el Museo de Bellas Artes y la Biblioteca Nacional fueron atacados por tropas que saquearon todo a su paso.

*Allí nos encontró el Golpe, viviendo a cuadras del Estadio Nacional, lugar de prisión, tortura y asesinato. La radio informaba que la Casa de Moneda estaba siendo bombardeada. Ráfagas de metralletas se oían muy cerca. Madre y padre comentaban que estaban fusilando. Luego vendría el toque de queda, la oscuridad, la familia destruyendo libros y papeles. Padre y Madre, pensando en voz alta qué haríamos.*

La dictadura destruyó la educación escolar y universitaria, clausuró revistas, diarios, editoriales e impuso la censura en todas sus dimensiones, incluyendo –por supuesto– a los libros. El exilio, la relegación, el asesinato de militantes y simpatizantes de la Unidad Popular repercutió en la producción artística. En particular, la literatura y la crítica literaria se vieron sometidas a utilizar la metáfora, la alegoría, al decir entre líneas, o derechamente a guardar silencio. Eran los tiempos donde la crítica literaria era hegemónizada por José Miguel Ibáñez Langlois, alias Ignacio Valente, quien publicaba sus artículos, de manera semanal, en el diario *El Mercurio*. Medio que fue clave en la conspiración para derrocar al gobierno de Allende.

Pese a la prohibición del derecho a reunión, las casas se transformaron, con el pasar del tiempo, en lugares donde se realizaban talleres literarios; la narradora y tallerista, Pía Barros así dice:

[En los 80] se generó uno de los movimientos culturales más intensos y masivos que haya tenido el país. No había villa, barrio ni lugar que no tuviera su propio taller y eran, quizás, los únicos espacios precariamente democráticos que había en el país [...] esta explosión de talleres literarios (aunque existen talleres en otras áreas de las artes), tuvo a la Escritura como espíritu y propósito principal. En muchos de ellos no se demandaba calidad literaria. En un país donde no se puede hablar ni mostrar el pensamiento, ni debatir, la escritura se transforma en una



necesidad vital, y no tiene en su esencia la necesidad de permanecer o de aspirar a la publicación.

Muchos de los textos poéticos o narrativos priorizaron la brevedad y empezó a cultivarse un subgénero híbrido llamado microficción, entre otros. La gran mayoría de los escritores de ese entonces han desaparecido de la vida literaria.

Los espacios de circulación de textos fueron inicialmente muy pocos y los métodos, aparte de las lecturas públicas en los mitin, fueron micromedios tales como trípticos, revistas hechas en papel de envolver, libros-objeto y precarias impresiones a mimeógrafo.

La dictadura instala un nuevo concepto: "En 1977, el entonces ministro de Educación, contraalmirante Arturo Troncoso, lanzó al ruedo la expresión 'apagón cultural'" (Vicuña). Pese esta visión, entre cuatro paredes se gestaba la disidencia y la amplia creación literaria, al interior del país. Como lo recuerda César Zamorano, entre las primeras publicaciones contraculturales surgidas post golpe aparece la revista *Manuscritos* (1975) publicada por el Departamento de Estudios Humanísticos de la Universidad de Chile y dirigida por Ronald Kay. A esa también hay que sumar a *El espíritu de la época* (1983) del colectivo Caja Negra y CAL (Coordinación Artística Latinoamericana, 1979), dirigida por Luz Pereira (Zamorano 57-58). Revistas de bajo tiraje y circulación restringida que poco a poco comenzaban a articular la resistencia cultural a la dictadura en todo el país.

*El encierro. El día a día, eterno. Rumores sobre vecinos que trabajaban encubiertos para la dictadura, que hacían listas y las entregaban a los milicos que se llevaban a la gente. La tragedia en los susurros de padre y madre. Mientras, una niña lee, escucha y siente miedo.*

A pesar de todos los esfuerzos de la dictadura por controlar la producción artística y cultural, estas se convirtieron en verdaderos frentes de resistencia e incluso de batalla contra Pinochet. El toque de queda entre los años 1973 y 1987, acabó con la vida nocturna, la bohemia, las fiestas, la vida de bar. Se intentó exterminar toda una cultura mediante una higienización de carácter fascista, que incluso impuso reglas de vestir y hasta de cortes de pelo. El cabello largo en los hombres y la ropa de estilo artesanal eran un signo de no adhesión que era castigado.

*Surge entonces el viaje de padre. Nuevos rumbos. La familia permanecerá en el país. Sobreviviendo con trabajos de madre y su hermana menor. Solo queda esperar que padre se estabilice para que nos marchemos del país del miedo.*

Crear en dictadura significaba poner en riesgo la vida individual y familiar. La creación estaba cruzada por la impotencia ante la desaparición y muerte de amigos/as, la impunidad ante la transgresión de los derechos humanos. Cientos de chilenos se fueron al exilio, algunos expulsados del país, otros por voluntad propia, sin amigos, redes ni partido, partieron con las manos en los bolsillos en busca de un sitio donde vivir en paz.



*Unos años después, la familia coge un bus que la llevará a recorrer casi toda América del Sur. Una nueva vida. La nostalgia y las noticias sobre el país no alejan el miedo.*

Permanecer en Chile era un riesgo. Las familias dispersas, la vida social quebrada, las desapariciones, los degollamientos, los montajes periodísticos, y la falta de trabajo, mantenían a la ciudadanía paralizada. Sin embargo, poco a poco, fue surgiendo el desafío. La primera protesta que experimentó el país fue el 11 de mayo de 1983 y fue convocada por la Confederación de trabajadores del Cobre. Según la historiadora Ana López:

A medida que el paro se acercaba, se fue transformando en una gran jornada de protesta a la dictadura, a la que se sumaron casi todas las organizaciones y partidos opositores. El llamado incluía faltar al trabajo, no enviar a los niños al colegio, no comprar, trabajar a desgano, llegar atrasados al trabajo, tocar bocinas y cacerolas [...]. En las universidades, los estudiantes realizaron varias manifestaciones, también gremios como abogados o médicos se movilizaron. Pasado el mediodía [sic], el comercio comenzó a parar, al igual que la locomoción colectiva. Ya de noche, cerca de las 20 horas, en las poblaciones tanto populares como de clases medias de Santiago y otras ciudades importantes del país comenzó el tronar de las cacerolas, también bocinazos de autos y barricadas en las esquinas. Los cantos resonaban de casa a casa mientras nuevamente se tomaban las calles para exigir la caída de la dictadura. 'Y va a caer, y va a caer...' era el sentir de millones de personas.

Diez años demoraron los gremios en convocar a una movilización donde el país por primera vez demostró con severidad y sin miedo el deseo de cambio. La alegría de ser parte de una comunidad, que no estábamos solas ni solos en la lucha contra la dictadura, fue un golpe de energía grandioso.

*Padre y madre parecen haber florecido, viven sin culpa por llevarlos a ese país maldito. Alcanzan la condición legal de refugiados políticos.*

La publicación de libros disminuyó a niveles inverosímiles. Las cifras señalan que en 1969 se publicaron 1.100 libros mientras en 1975 la cifra había descendido a 618 (López). Esta disminución si bien da cuenta de la hecatombe cultural a nivel literario, no significa la paralización creativa. Al respecto la *Revista Araucaria de Chile*, publicada desde el exilio, señala que había un movimiento importante de artistas profesionales y aficionados que se encontraban creando canales de difusión artística alternativos, como "las exposiciones al aire libre, peñas, compañías de teatro ambulantes, jornadas, encuentros, recitales, ciclos", donde "la relación con el público ha tenido que ser más estrecha, íntima, coloquial" (Guerrero 80).

*Regresan al país. Sin casa, trabajo ni ahorros. De escuela, en escuela, de liceo en liceo. La niña seguía con su adicción a la lectura, mientras surgía en ella rabiosamente la pregunta sobre los límites que se le imponían por ser mujer.*

Quiero insistir en la denominación 'apagón cultural', la cual para mí tiene una doble modulación. Por un lado, la dictadura asume el adelgazamiento cultural al interior



del país. No hubo apagón, ya que es constatable la enorme cantidad de producción cultural realizada en el periodo. *El paso de los gansos* de Fernando Alegría (1975), *La nueva novela* (1977) de Juan Luis Martínez, *El rincón de los niños* (1980) de Cristián Huneeus, *Lumpérica* (1983) de Diamela Eltit y *Canto a su amor desparecido* (1985) de Raúl Zurita son obras que quiebran los paradigmas literarios y que cambian el modo de hacer literatura para siempre.

*Vivir al día, sin proyecciones.  
La niña tiene que aprender a ganarse la vida.*

Al enfrentar la posibilidad de un legado de la dictadura inevitablemente debo señalar: miedo, ausencia de comunidad, caída de las utopías. La dictadura enarboló una épica genocida corporizada en la figura militar. Como contraparte, surgió una épica de la resistencia que progresivamente se fue articulando y expandiendo. La historiadora Ana López al respecto dice: "Sin duda la convocatoria a paro protesta del 11 de mayo de 1983 marcó un hito en la lucha contra la dictadura, abriendo el ciclo de luchas y protestas que culminó en 1986, dando paso a la fase de transición pactada a la dictadura". El país se unió conformando una colectividad cuyo eje estructurante era derrocar al dictador. La ocupación del espacio público, implicó perder el miedo, exponiendo las corporalidades a una máquina de guerra que poseía el control de las armas. La utopía de recuperación de la democracia se impuso y finalmente tras el plebiscito de 1988, el país votó por la no continuidad del régimen. Tras 15 años sin votaciones populares, "se inscribieron en los registros electorales 7.435.913 ciudadanos, lo que equivale al 97.53% de los ciudadanos habilitados para hacerlo. Nunca antes en la historia política-electoral de Chile se había inscrito tal porcentaje de ciudadanos" ("Plebiscito de 1988 marca el fin del régimen militar").

En diciembre de 1989, Patricio Aylwin fue elegido, por votación popular, como el primer presidente de la postdictadura. Aylwin pertenecía al Partido Demócrata Cristiano, que aun cuando conspiraron para derrocar al Presidente Allende, conformaron La Concertación de Partidos por la Democracia, de la cual también fueron parte el Partido Socialista, el Partido por la Democracia y el Partido Radical Social Demócrata. Aylwin fue considerado un presidente de transición cuyo gobierno, como los tres que le siguieron –hegemonizados por la alianza concertacionista–, establecieron una democracia tutelada por la derecha y las Fuerzas Armadas.

*La calle, las marchas, vecinos, compañeros de curso desaparecidos, las tomas, el odio hacia los milicos, la violencia. La obligación de votar aun cuando se sospecha que el dictador intervendrá los resultados del plebiscito a su favor. Aun así, celebrar, salir a la calle. Creer en una nueva utopía.*

Y se reinstaló la democracia. El costo por fue alto, las tratativas que se hicieron por una salida pacífica trajeron como resultado una democracia tutelada, con Pinochet como Comandante en Jefe del Ejército y luego como senador vitalicio. Además con una constitución elaborada por la dictadura que consagraba un neoliberalismo radical que



no ha dejado de modelar a Chile en todos estos años. Por eso, a pesar de algunas tensiones con las Fuerza Armadas, la democracia comenzó a recibir el decidido apoyo de los sectores financieros y empresariales, que sintieron que se habían desecho del lastre que significaba Pinochet para el comercio internacional y que, por lo mismo, podían ahora desplegar sus estrategias expansionistas. El neoliberalismo más salvaje del mundo se había legitimado y lo poco que la dictadura no había destruido iba a caer inexorablemente durante los próximos 30 años.

*Rápidamente comprendí que acabar con un tirano era más fácil que terminar con el neoliberalismo, menos en un país que se auto concebía como triunfante, somos los jaguares de América Latina decían los economistas.*

La recuperación de la democracia trajo un impulso reflexivo sobre la crítica literaria y la función de la literatura, pero esto duró menos que una burbuja. El campo literario no mostró mayor resistencia al nuevo escenario impuesto por el mercado. Un sector importante de la narrativa se declaró posmoderno, lo cual no era más que un eufemismo que ocultaba su deseo de globalizarse, es decir, al igual a los exportadores de manzanas o salmones, tener éxito internacional. El anhelo por ver sus libros traducidos y viajar a ferias del libro internacionales corrió en paralelo a una escritura que optaba por expresarse en un español sin marcas regionales. En este nuevo horizonte literario predominaron las temáticas de corte universal, carentes de contexto latinoamericano. Este desprendimiento de todo aquello que sonara a localismo fue tan fuerte como el encono hacia la crítica literaria, el recuerdo de la dictadura y de todo aquello que sonara a tragedia. La política de la desmemoria se instala con fuerza desde los inicios de la recuperación democrática.

Peso a todo esto se crearon diversas revistas fuera de la academia. Una de las principales fue la *Revista de Crítica Cultural* dirigida por Nelly Richards. Publicación pionera en lo que se refiere a posestructuralismo y descolonialidad. Un punto importante resulta la *Revista Rocinante*, creada por la reconocida periodista cultural, Faride Zerán. Las revistas que a finales de la dictadura tuvieron enorme presencia como *Hoy*, *Análisis*, *APSI*, *Pluma y Pincel*, *La bicicleta*, así como el *Diario La Época* y *La Nación*, dejaron de publicarse. No hubo apoyo del estado. Chile se transformó nuevamente en un páramo cultural.

*Escritura, escrituras. La necesidad de leer y compartir esas lecturas. Salir a la calle. Atreverse a ofrecer su escritura. Fue un martes, el artículo debía ser enviado el viernes. El domingo acudir temprano al kiosko de diarios y ver por primera vez su escritura impresa.*

El país de los 90 se aletargó en sus expectativas de grandes cambios, todo debía ser gradual, responsable, sin riesgos. En ese contexto se entendía que Pinochet fuera senador vitalicio y que los crímenes de la dictadura no se persiguieran, salvo algunos demasiado emblemáticos. Tanto así que cuando Pinochet fue tomado detenido en Londres fueron los propios socialistas que encabezaron su defensa y su repatriación con la falsa promesa que sería juzgado en Chile, pero eso nunca iba a pasar.



*Descubrir que la escritura es un lugar de batalla. Una pequeña barricada a las hegemonías literarias. Si el Chile de los 90 era una máquina de destruir utopías, había que trasladar las batallas a lo más cercano.*

Después de algunas revueltas mayores o menores, como la del movimiento estudiantil el 2011, Chile parecía condenado definitivamente. Pero el 18 de octubre de 2019 ‘Chile despertó’ resonaba en las calles y en las madrigueras de los políticos/as. Por cerca de un mes, millones de personas en las calles exigiendo igualdad, claro también fuego, destrucción, mutilación y muertes a manos de las fuerzas policiales. La Revuelta y la primera propuesta de Constitución fracasaron. Atrás quedó la utopía de un país con justicia social, equidad de género, respeto a los pueblos originarios, la naturaleza y los animales. La ciudadanía se siente traicionada y nuevos conglomerados de ultraderecha se articulan con la esperanza de un nuevo gobierno. El país experimenta una de las mayores crisis económicas en su historia. La cantidad de pobres y niveles de cesantía han aumentado tanto como el costo de la vida.

*La crítica literaria casi ha desaparecido del espacio público.*

La industria cultural, posestallido y pospandemia, quedó devastada. En el ámbito de lo literario, la baja en la cantidad de libros publicados fue enorme.<sup>1</sup> Otros efectos catastróficos son la disminución en los indicadores de lectura, el cierre de librerías y la ausencia de políticas culturales y de fomento al libro/lector.

El necroliberalismo se ha consolidado. La literatura se ha alejado cada vez más de la contingencia. El yo literario comenzó a gestarse en dictadura con una enorme cantidad de publicaciones testimoniales. En la posdictadura el yo se instaló en la ficción. Un otro yo, aquel que privilegia el presente, se desentiende de utopías, colectividades. De la estética de la resistencia en dictadura pasamos a la estética del acomodo al modelo. El neoconservadurismo literario teme a las disidencias y diferencias. Es precisamente en la postdictadura donde emerge el escritor/a emprendedor. La lógica del consenso impuesta por la hegemonía política que llega al gobierno se anida en la literatura. Sin conflicto, sin rebeldías, la crítica literaria devenida en reseña sigue la misma ruta. Se entrega al mercado y a la cultura de la entretenición, se convierte en endogámica y amiguista. Se critican autores/as más que libros, se produce crítica para una élite cultural a la cual hay que alimentar con halagos. Atrás, muy atrás, ha quedado

<sup>1</sup> El año 2022 se publicó un total de 8288 títulos: “243 títulos menos que en 2021, representando una disminución de 2,85%” (*Informe Estadístico 2022 de la Agencia chilena ISBN 7*). Es interesante destacar que han aumentado las autoediciones: “Durante el año 2022 se registraron 1.258 títulos autoeditados, esto representa el 15,18% del total producido” (14). El aumento de la autoedición implica que las editoriales no están financiando publicaciones. Esto, sumado al incremento de las primeras ediciones, 7.801 % con un 94,123 % (15), implica que las y los nuevos/as autores/as están financiando la publicación de sus libros y que no hay continuidad de obra. El campo de publicaciones literarias chilenas se sostiene fundamentalmente en escritores/as de un libro.



la dictadura, pero no su ideología sectaria. En estos nuevos tiempos el lector es un consumidor. Los/as escritores/as y críticos/as lo saben y bailan para el poder.

*Escribir como resistencia. La palabra no se detiene. Con dignidad. Aunque suene a consigna gastada.*

Hubo que esperar hasta el nuevo siglo para que comenzaran a surgir ficciones que recuperaban el pasado. La literatura de los hijos e hijas llegó a reconstruir la memoria y a responsabilizar a padres y madres del fracaso de sus hijos e hijas. Me parece importante considerar acá dos novelas pioneras, que marcan el inicio un nuevo ciclo literario en términos de reconstrucción de la memoria: *En voz baja* (1996) de Alejandra Costamagna y *Cercada* (2000) de Lina Meruane.

*Leer siempre como la primera vez.*

La Revuelta, en términos sociales, despertó nuevamente la utopía de cambio. El deseo de una educación de calidad, un sistema de salud paritario, igualdad de salarios, respeto a la diversidad y a los derechos de los pueblos originarios. Dignidad, en última instancia, es un concepto que resume lo que el país requería, requerimos.

La literatura nuevamente se desentendió de la explosión social. Las excepciones la conforman las novelas *Sumar* (2018) de Diamela Eltit, *Satáncumbia* (2020) de Rodrigo Miranda, *Preguntas frecuentes* (2020) de Nona Fernández y el poemario *Plaza de La Dignidad* (2020) de Carmen Berenguer. Escrituras que surgen pegadas a la contingencia, al interior mismo de la fractura social. *Sumar* de Eltit es una novela de anticipación. Enfocada en una marcha de trabajadores ambulantes que se dirige a la casa de gobierno a demandar mejoras laborales que les permitan superar su condición de marginados. *Satáncumbia* de Miranda, es una novela queer, situada en la ex Plaza Baquedano o Plaza Dignidad, donde se despliega una contraépica y una cultura de la resistencia a partir de la historia de vida de un par de artistas callejeros que son parte de una primera línea plebeya y profana que se juega la vida por un proyecto libertario. Fernández, por su parte, en *Preguntas frecuentes* nos aproxima a la reclusión pandémica y la Revuelta Social a través de tópicos recurrentes en su escritura: mujeres, memoria, crisis de identidad, poder, subversión y la función de la escritura. *Plaza Dignidad*, finalmente, puede inscribirse como postpoesía, por su carácter híbrido, donde convive la poesía con la crónica y el testimonio. Berenguer escribe desde una primera persona autobiográfica, situada en dos lugares y asumiendo dos posiciones: como escritora, ubicada en un departamento al costado de la Plaza de la Dignidad, y también desde el fuera, en la calle, como una más de las centenares de manifestantes antisistema que en ese entonces poblaban el espacio público.

*Arriesgar todo por el derecho a la palabra y al disenso.*

La posdictadura provocó un anestesiamiento literario que derivó en la consolidación de una estética neoliberal donde predomina un yo privatizado,



autorreferencial, cuyo único capital es el sí mismo. Advierto, además, como legado, un rechazo a las colectividades y un temor al espacio público. Nos encontramos así, con subjetividades atomizadas que celebran lo efímero, los vínculos transitorios y tributarias de un modelo mercantil, donde la sexualidad, la cultura, la historia, el patrimonio, la naturaleza y los cuerpos aparecen como parte de un espectáculo.

*De pie, firme, llena de utopías... “tuvimos que inventarnos un territorio, una hablada del derrumbe, las que somos archipiélago y acuerpamos el lenguaje de la ausencia, migramos más allá del poderoso relato de la ganancia, tenemos la necesidad de incendiar, por todas las veces que el ardor nos fue negado, en ese candor anidamos otras posibilidades de existencia”* (Contreras 85).

Hoy: la cultura continúa sometida a la devastación. Junto con la económica, la gran herencia dictatorial. Atrás quedó la Revuelta; sin embargo, aún pulsa soterradamente el deseo de cambio social, pero se ha impuesto una cultura del miedo, de la desconfianza absoluta a la clase política, del rechazo a toda diversidad. Gran parte de la élite se ha especializado en administrar el miedo, tal como lo hizo la dictadura. A 50 años del Golpe de Estado que derrocó a Salvador Allende, Chile está más cerca de nunca de volver a revivir el terror y olvidar su historia.

## BIBLIOGRAFÍA

Barros, Pía. "El taller literario, espacio de democracia y civilidad." *Archivo Chile*. 31 dic. 2006.  
[http://www.archivochile.com/Dictadura\\_militar/muertepin8/muertepin8\\_0157.pdf](http://www.archivochile.com/Dictadura_militar/muertepin8/muertepin8_0157.pdf). Consultado el 1 jun. 2023.

Contreras, Gabriela. "Biografía de mi cuerpo." *Imágenes del cuerpo im/propio. Antología de textos*. Editado por Kemy Oyarzún. Universidad de Chile-PUC, 2023.

Donoso, Karen. *Cultura y dictadura. Censuras, proyectos e institucionalidad cultural en Chile. 1973-1989*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2019.

Guerrero, Samuel. "Luces nuevas en la cultura chilena." *Revista Araucaria de Chile*, núm. 6, 1979, pp. 77-86.

*Informe Estadístico 2022 de la Agencia chilena ISBN*. Cámara del Libro A.G., 2023.

López, Ana. "11 de mayo de 1983. Primer paro de protesta contra Pinochet". *La izquierda diario*, 11 de mayo de 2021. <https://www.laizquierdadiario.cl/Primer-paro-de-protesta-contra-Pinochet>. Consultado el 15 abr. 2023.

"Plebiscito de 1988 marca el fin del régimen militar." *Biblioteca del Congreso Nacional de Chile*, 5 oct. 1988.  
[https://www.bcn.cl/historiapolitica/elecciones/detalle\\_elección?handle=10221.1/63196&periodo=1973-1990](https://www.bcn.cl/historiapolitica/elecciones/detalle_elección?handle=10221.1/63196&periodo=1973-1990). Consultado el 3 mar. 2023.



Vicuña, Manuel. "Arte chileno en los 80: 'el apagón cultural'"que no fue". *CIPER*, 1 dic. 2021. <https://www.ciperchile.cl/2021/12/01/el-apagon-cultural-que-no-fue/>. Consultado el 3 mar. 2023.

Zamorano, César. *Revista de Crítica Cultural: pensando (en) la transición*. Tesis Doctoral, Universidad de Pittsburgh, 2013.

---

**Patricia Espinosa Hernández** es Licenciada en Letras, Magister y Doctora en Literatura. Se desempeña como profesora e investigadora asociada en el Instituto de Estética de la Pontificia Universidad Católica de Chile, donde además dirige el área de publicaciones. La profesora es especialista en literatura chilena, literatura y política, y entre sus libros destacan: *Territorios en fuga* (2003), *La Crítica Literaria Chilena* (2009) y *Diamela Eltit. Políticas de su narrativa ficcional: estudios desde Chile* (2018).

<https://orcid.org/0000-0002-0531-4792>

[peh@uc.cl](mailto:peh@uc.cl)

---

Espinosa Hernández, Patricia. "A 50 años del Golpe civil-militar en Chile: de la estética de la resistencia a la estética del acomodo." *Altre Modernità*, n. 30, II '73 in prima persona: risposte estetiche all'orrore, Novembre 2023, pp. 13-22. ISSN 2035-7680.

Disponibile all'indirizzo:

<[https://riviste.unimi.it/index.php/AMonline/article view/21776/19369](https://riviste.unimi.it/index.php/AMonline/article/view/21776/19369)>.

Ricevuto: 30/08/2023 Approvato: 20/09/2023

DOI: <https://doi.org/10.54103/2035-7680/21776>

Versione 1, data di pubblicazione: 30/11/2023

Questa opera è pubblicata sotto Licenza Creative Commons CC BY-SA 4.0